

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.

Un mes.....	6 rs.
Tres meses.....	16
Seis idem.....	30

PROVINCIAS.

Semestre.....	36
Un año.....	70

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.

Un año.....	90 rs.
-------------	--------



PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.

En la Administración, Montera, 11, principal derecha, y en todas las librerías.

PROVINCIAS, ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

En casa de los correspondientes, ó dirigiéndose directamente á esta Administración en carta certificada. No se servirá suscripción cuyo pago no se haya anticipado.

CIENTIFICA, COMERCIAL, ARTISTICA Y LITERARIA.

COLABORADORES.

Armiño de Cuesta (doña Robustiana).
Señorita García Balmaseda (doña Joaquina).
Señorita Gassó y Ortiz (doña Blanca).
Señorita Gassó (doña Leopolda).
Ratazzi (Madame).
Saez de Melgar (doña Faustina).
Sinués de Marco (doña María del Pilar).
Albareda (D. José Luis).
Alcalde Valladares (D. Antonio).
Anton Ramirez (D. Braulio).
Balacart (D. Daniel).
Balaguer (D. Víctor).
Ballesteros (D. Pío).
Borrego (D. Andrés).
Calavia (D. Mariano).
Calderon Llanes (D. José).

Campoamor (D. Ramon).
Castelar (D. Emilio).
Cardaño (D. Primitivo Andrés).
Cortés y Morales (D. Balbino).
Cubas y Fernandez (D. Gabriel de).
Escosura (D. Patricio).
Fernandez y Gonzalez (D. Modesto).
Fernandez y Gonzalez (D. Manuel).
Fuentes (D. José).
Gadeo (D. José).
Galdó (D. Manuel María).
Gil de Santibañez (D. Arturo).
Gris Picon (D. Mariano).
Gonzalez (D. Venancio).
Gonzalez Fiori (D. Joaquin).
Herreros de Tejada (D. Feliciano).

Lobo y Ortega (D. Antonio).
Lon (D. Emilio).
Linares Rivas (D. Aureliano).
Martin de Olias (D. Joaquin).
Martinez (D. Cándido).
Massa y Sanguinetti (D. Carlos).
Mansi (D. Angel).
Montalvo (D. Tomás Andrés).
Moya (D. Francisco Javier de).
Nuñez de Arce (D. Gaspar).
Pina Dominguez (D. Mariano).
Peñuelas (D. Lino).
Pleza y Claramunt (D. José).
Pons y Montells (D. Federico).
Rascon (Sr. Conde de).
Ribó (D. José Joaquin).

Rodriguez Correa (D. Ramon).
Rodriguez Villa (D. Antonio).
Romero Ortiz (D. Antonio).
Ruiz Aguilera (D. Ventura).
Ruiz del Cerro (D. Juan).
Rute (D. Luis).
Sagasta (D. Práxedes Mateo).
San Javier (Sr. Vizconde de).
San Martin (D. Antonio).
Santana (D. Enrique).
Sanchez Perez (D. Antonio).
Solsona (D. Conrado).
Tejon y Rodriguez (D. Juan).
Valera (D. Juan).
Velazquez y Sanchez (D. José).
Zorrilla (D. José).

Redactores: D. Ramon García Sanchez.—D. Eduardo Santana.—D. Eduardo S. Fuentes.—D. Joaquin Dominguez Blanco.

Director: D. JOSÉ MARÍA ARROYO Y COBO.

SUMARIO.

CRÓNICA GENERAL, por R. G. S.—LA LITERATURA Y LA CIENCIA, por Mme. Ratazzi.—BREVES APUNTES SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE, por J. Dominguez Blanco.—SAVONAROLA, por E. S. F.—JERUSALEM, por E. de Lustonó.—EL SALVADOR EN LA CRUZ, por J. E. Hartzenbusch.—LA MUERTE DEL SEÑOR, por A. F. Grilo.—CREO, por Ramon García Sanchez.—RESEÑA TEATRAL, por D. Eduardo Fuentes.—VARIETADES.—ANUNCIOS.

CRÓNICA GENERAL.

¡Qué verdad es que cuando la desgracia bate sus negras alas sobre la pobre sociedad, preside por largos días los destinos humanos!

En nuestra última revista lamentábamos el extravío de esos miseros mortales que con tanta facilidad se lanzan al crimen, y hoy tenemos que empezarla en el mismo lúgubre tono.

¡Cómo ha de ser!

Quizás otro día cantemos venturas y alabanzas.

Era en pleno día.

Un sol de primavera convidaba á gozar los encantos de la vida.

La Plaza Mayor rebotaba de gente que cruzaba en todas direcciones, como de ordinario sucede en aquel concurrido sitio de la corte. Bajo sus históricos soportales paseábase un joven de airoso porte y decentemente vestido.

De pronto, se atravesó en su camino una joven, al decir de los que la vieron, hermosa.

Aquel lanzóse á ella revólver en mano, y tras cinco detonaciones seguidas, cayó pesadamente la víctima sobre las frías losas del pavimento.

El asesino fué detenido; la joven conducida á la Casa de Socorro, herida, al parecer no muy gravemente, y poco despues los vecinos comentaban de mil maneras el suceso y un círculo de curiosos contemplaba las manchas de sangre que en una baldosa se veían, haciendo coro á la vez á las murmuraciones de los vecinos.

Dicese que el joven amaba con delirio á la víctima, y que el retrato de ésta se le

ha encontrado sobre el pecho en un precioso estuche.

Atribúyese á los celos y al desvío de la amada, la desesperacion del amante.

Misterios del corazon, que no por ser misterios dejan de ser reprobables ante la razon y la conciencia.

Mientras dos familias lloraban acaso la funesta pasion de tan desgraciados amantes, en el seno de otras muchas vestíase de luto y la miseria llamaba á la puerta tras de la cual gemía desconsolada una madre anciana, una débil viuda, unos pobrecitos huérfanos.

El terrible siniestro ocurrido en la vía ferrea del Mediodía y casi á la vista de Madrid, trae preocupados todos los ánimos, siendo objeto de diferentes conjeturas.

Hace tiempo que no se registra en los anales de nuestras desgracias un choque de dos trenes tan violento y tan espantoso.

A cuarenta mil duros se dice que ascienden las pérdidas ocasionadas á la Compañía; pero, ¿con qué dinero podria comprarse la vida del infortunado maquinista, que segun todas las versiones, ha sido víctima de su impremeditacion?

Anúnciase que ha fallecido tambien otro de los heridos, y que de éstos quedan dos en el Hospital en muy grave estado.

¡Y pensar que con tanta facilidad podrian evitarse estos desastres, si las empresas de ferro-carriles tuvieran organizado un buen servicio de guardas de la vía, ó de señales convenientes!

¡Cuánto vale la vida del hombre, y cuán poco cuesta el perderla!

Y pues tan tristes reflexiones asaltan en este instante nuestra mente, parécenos oportuno, siquiera sea por la última vez, consagrar un recuerdo á la memoria de los malogrados artistas Oudrid y Skocdopole.

Los funerales del primero se han celebrado con la mayor pompa y solemnidad.

Bajo las arcadas del templo han resonado confundidas las preces religiosas con

los tiernos suspiros de los que en vida admiraron al insigne músico, y representantes de todas las clases sociales han llenado por completo las naves de la iglesia.

De hoy más el nombre de Oudrid pertenecerá á la historia de las glorias nacionales.

La viuda del antiguo director de la Ópera, ha podido comprender tambien con cuán cariñosas lágrimas se ha llorado la pérdida del insigne maestro.

El Sr. Robles ha tenido el noble pensamiento de dedicarla un beneficio, y los muchos amigos del difunto se han apresurado á asociarse á tan generosa idea.

El génio no es exclusivo de un Estado ó nacion solamente.

La patria del génio es el mundo, y todos vivimos en Skocdopole, ántes que un extranjero, un génio musical.

Un robo de cierta consideracion en el despacho del señor ministro de Fomento, consistente en su mayor parte en *belones* y *candeleros*, y otro robo en el bolsillo del señor ministro de la Guerra, hé aquí los últimos sucesos de la semana que tenemos que reseñar.

¡Dos ministros en un solo día!

¡Hasta con los ministros se atreven? ¡Ave-Maria Purísima!

El primer robo, sobre todo, es por de más extraño.

Vivimos en el siglo de las luces, y en algún lado brillarán las *robadas*.

Hemos concluido.

Madrid presenta en estos días ese carácter peculiar que le distingue de los otros pueblos.

Los fieles acuden á los templos, y la idea cristiana rebosa en todos los corazonos.

Son días de recogimiento y de *galas*. ¡Extraño contraste!

En tanto, en las estaciones de *Atocha* y la *Montaña*, no cesa la locomotora de despedir negras espirales de humo que oscurecen el precioso azul del firmamento.

Toledo y Sevilla abren sus puertas hos-

pitalarias á los infinitos viajeros que en estos días nos abandonan.

La perla del Guadalquivir y la cuna de los Concilios se disputan esta semana la gloria de celebrar con mayor pompa los misterios de nuestra santa religion.

Sin embargo, en todas partes, lo mismo en la populosa ciudad, que en la más humilde de las aldeas, el lúgubre tañido de la campana eleva el espíritu del pueblo cristiano á la mansion de lo infinito.

R. G. S.

LA LITERATURA Y LA CIENCIA.

(Continuacion.)

Existe un refran castellano que dice: «De poetas ó locos todos tenemos un poco.» En cuanto á la poesia, debo confesar que el proverbio tiene razon; los españoles son esencialmente poetas. Se encuentra por todas partes demostrado, en su historia, en su carácter romántico, en sus tradiciones, en sus leyendas, en su lengua, en sus monumentos que son árabes por su imaginacion, godos por sus caracteres, romanos por sus instituciones; y á causa de esta mezcla, forman una nacion que ofrece un sello de originalidad muy particular ante la uniformidad de otros pueblos de la Europa moderna, donde se borra la individualidad nacional.

Los cantares populares españoles son por esta razon una fuente inagotable de inspiracion, que el observador no puede desconocer.

Esta clase de literatura española es ciertamente la más rica del mundo, porque es preciso no olvidar que el pueblo que ha producido la pléyade de romanceros, es tambien el que ha cantado todas las galas del sentimiento en las cuartetos ó *seguidillas* que se pueden saborear en la preciosa coleccion del Sr. Lafuente.

Una literatura cuyas tradiciones poéticas son tan numerosas, tiene naturalmente gran abundancia de producciones líricas y dramáticas, sobre todo cuando la epopeya no es de este tiempo realista. D. José Zorrilla y D. Ramon Campoamor son los mejores poetas filosófico-líricos de nuestra época: síguelos el Sr. Trueba con sus romances llenos de dulzura, de encanto y melancolia. El Sr. Campoamor en un género todo suyo; en las *Doloras*, pequeños poemas llenos de gracia y de imaginacion, recuerda paso á paso á Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Enrique Reisse y á Goethe mismo.

Es un género que se ha hecho popular, y que hará siempre el honor del poeta, por más que amargas críticas hayan querido presentar á Campoamor como un plagio.

Como poeta lírico viene enseguida el Sr. Nuñez de Arce, poeta y escritor político que ha cultivado todos los géneros de literatura con el mismo éxito. Ha publicado últimamente un volumen, los *Gritos del combate*, en el que se halla un magnífico prólogo en prosa sobre la literatura moderna y sobre las condiciones sociales y políticas de la España moderna, seguido de una serie de poemas que demuestran los sentimientos de un alma entusiasta, pero un poco desahogada en presencia de los sucesos y tendencias de la sociedad española actual. Su elegía á *Ríos Rosas*, en la que el autor recuerda su estilo nervioso é inflamado, á la par que enérgico, está llena de tristeza y de varonil vigor: su *Miserere*, es el más bello poema que ha podido inspirar la resurrección de los muertos llamados á la vida por la imaginación de un poeta; su *Raimundo Lulio* es un ensayo de epopeya.

Aldarcon y Valera, Molins y Santos Alvarez, han cultivado también la poesía. No osaré juzgar sus producciones: están sobre seguro, si exceptuamos á Santos Alvarez, por ejemplo, que con ella propende asegurar su reputación; todos lo han hecho mejor en otros géneros, y no esperan su reputación en sus poesías ligeras, de las cuales algunas son dignas de conservarse en la memoria.

Balaguer, el poeta catalán, es conocido en Europa; sus obras llenas de dulzura, sublimes de candor, adorables por su sencillez, son casi populares en el Mediodía de la Francia. No hay ningún enamorado provenzal que no sepa de memoria algunos párrafos de versos de este hidalgo trovador de la Edad Media, en pleno siglo XIX.

Su *Historia de Cataluña y Aragón* le coloca al lado de los mejores historiadores.

El número de los poetas líricos es infinito en España; cada día surge un nombre nuevo. La señorita Barrientos que sigue las huellas de la señora Coronado y de la difunta señora Avelleda y algunas otras, han sabido conquistar una justa nominación. Sus nombres quedarán en el catálogo de los poetas españoles modernos. La poesía lírica en España, lo mismo que en Francia y que en Italia, con algunas excepciones, son hermanas; tienen el mismo ideal, mejor dicho, desbordamiento, explosión ó desquiciamiento, digámoslo así, del sentimentalismo. Apenas puede uno advertir el fin que se proponen las sonadoras aspiraciones de los poetas.

En Nuñez de Arce, sin embargo, ya se ve despuntar la aurora de nuevos horizontes, sin duda porque sus cantos tienen un lado político, y que en la presente época el problema de la eternidad del alma parece reducirse á buscar soluciones puramente políticas.

La escena española puede gloriarse de estar en primer lugar.

Sus numerosos representantes conservan aún los gloriosos timbres del teatro español, tan valiente en los siglos XVI y XVII. Toda la Europa ha admirado las obras dramáticas de entonces, ó las ha traducido ó imitado, ó las ha mirado, con razón, como modelos. Todavía hoy cuenta España con autores notables en el género escénico.

El difunto Breton de los Herreros ha hecho gala en sus comedias de una gran facilidad en la versificación y de una rara fecundidad.

Puede decirse que es el padre de la moderna comedia española, y no ha encontrado rival en el Sr. Ventura de la Vega: el Sr. Rubí también ha escrito para el teatro con gran éxito, pero se ha dejado absorber por la política, como la mayor parte de los poetas españoles. El Sr. Ventura de la Vega es menos original que Breton de los Herreros; el Sr. Rubí, que debutó con esplendor, casi ha abandonado el teatro y sus laureles.

Los autores dramáticos tuvieron un intérprete sin rival hasta hace poco en el actor Romea, y á todo el mundo le consta su talento, que es sin disputa la única gloria absoluta de la escena española de nuestros días.

Clásico en la forma, enérgico, lleno de originalidad en la creación de sus tipos, aparece un nuevo poeta, mejor dicho, un gran poeta, bajo el pseudónimo de *Estébanes* (Tamayo). El drama nuevo y *Lo Positivo*, bastarían por sí solos para colocarle en primera línea.

El Sr. Hartzbusch, director de la Biblioteca nacional, está siempre lleno de actividad, aunque al fin de su carrera. Es correcto y clásico en la forma; le falta, á mi modo de ver, una inspiración original y la fuerza unida á la justicia de expresión que distingue á los verdaderos dramáticos; pero sería tal vez menos apto para sus doctas ocupaciones, si reasumiésemos las

dos cualidades indispensables á los poetas completos.

Ayala, Nuñez de Arce, Hurtado; hé aquí tres nombres que en otro país no hubieran buscado jamás otro fin á su vida en la política militante; más en España ha sido preciso que poetas y todo lo hagan, pues poetas solamente hubieran podido hacer la gloria de su país y de su tiempo.

MME. RATAZZI.

(Se continuará.)

BREVES APUNTES SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

III.

(Conclusion.)

Todas las cosas de la vida huyen delante de nosotros: corremos á detenerlas con la impetuosa velocidad del huracán, que todo lo destruye, las perseguimos continuamente, abrimos las manos para tocarlas cuando pasan de cerca, no respetamos nada por alcanzarlas ni obedecemos la voz elocuente de nuestro *ser moral* que nos hace alto en nuestra incierta carrera, es en vano: seguimos en la misma agitación, con los mismos afanes, de esperanza en esperanza, de decepción en decepción, de delirio en delirio, fantaseamos, como si estuviésemos soñando, hasta que abrimos los ojos y nos encontramos en la vejez...

El lúgubre caballo de la vida que nos lleva, se detiene de repente, nos deja en el sepulcro y se pierde en las sombras de la noche eterna...

Tal es la vida, que como ha escrito un eminente fisiólogo, en su idea abstracta, no tiene realidad alguna fuera del concreto donde se realiza, esto es, *el ser viviente*.

Con la misma rapidez que se pasa de la niñez á la adolescencia, pasamos de ésta á la virilidad, periodo en el cual nuestra razón se afirma y produce sus mejores obras en medio de las continuas luchas de nuestra voluntad con nuestra conciencia, tendiendo aquellas á la violación de las leyes de nuestra naturaleza moral, hacia el mal, y dirigiéndonos ésta hacia el bien, principios antitéticos que se encuentran en nuestro ser y hacían decir á Ovidio como antes á Eurípides:

*«Vide meliora proboque,
Detiora sequor.»*

Vemos el bien, pero seguimos el mal.

Los publicistas *Saint Simon, Tourier, Oron* y otros de la misma escuela, al escribir sus obras bajo la plausible ilusión de que los tiempos felices han caído en error afirmando que nuestras inclinaciones son buenas y desordenados nuestros deberes; precisamente todo lo contrario de lo que enseñan de consuno la moral y la sana filosofía, es á saber: que nuestras inclinaciones son desordenadas y santos los deberes.

Y lo que decimos del corazón humano respecto á la virtud, entendemos de su inteligencia respecto á la verdad.

El hombre lleva en sí un extraño fenómeno de grandeza y miseria, de orgullo é impotencia, de esperanza y de engaño; como ha dicho un eminente escritor traspirenaico, el corazón, la inteligencia y sus sentidos, son tres teatros de confusión y luchas, entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal, el placer y el dolor, con la maravillosa particularidad que tiende hacia el mal, hacia el error, principalmente cuando su razón no es bastante ilustrada para domar su voluntad.

En resumen, el hombre, abstracción hecha del soplo divino que le formará, bajo el punto de vista de las escuelas racionalistas, que afirman que todo tiene en él su principio y su fin, sin invalidar en nada lo que hemos dicho, es para sí propio un desconsolador misterio.

Todos los que se han atrevido á explicarlo, no han podido llevar á feliz término su intento.

Los unos, no viendo en él más que lo que tiene de grande, le han adorado como á Dios en la apoteosis de su razón; los otros, no viendo en él más que un derecho de la naturaleza, le han despreciado soberanamente; y una tercera escuela, no atreviéndose á definirlo, no ha visto en él más que un juego de azar, que ha convertido en arma contra la Providencia.

«El corazón del hombre es un abismo y solo Dios ha penetrado en él,» dice la Escritura; solo él, como único artífice, puede conocer sus obras á fondo.

Nosotros, por más que nos afanemos, no podemos darnos una explicación cumplida de lo que fuimos en el pasado, extraño misterio, y de lo que seremos en lo futuro, enigma más extraño todavía. No obstante, cuando nos fijamos en el hombre con alguna detención, vemos reproducirse en nuestra mente aquellas ideas del célebre *Bosuet*, refiriéndose á las dos naturalezas, á los dos mundos que existen en nosotros, á esos

principios de que nos hemos ocupado. «Se asemejan, dice, á los escombros de un edificio, antes muy ordenado y en extremo magnífico, pero derruido ahora, conservando en medio de su ruina algunos vestigios de su antigua grandeza y de la ciencia de su arquitecto.»

Removiendo esos escombros, inspeccionando esas ruinas, encontramos en el hombre ese origen infinito que hace interminables sus aspiraciones y prueban su descendencia de lo absoluto, de lo ideal, de lo que está fuera de límites de tiempo y espacio.

No por esto dejamos de sentir la infelicidad que nos rodea por doquier; quisiéramos que la palabra *desgracia*, que pesa como un terrible anatema sobre la humanidad, se borrara de todos los idiomas, sustituyéndose con la opuesta.

En nuestras horas de insomnio, cuando hemos meditado sobre el origen del cúmulo de infortunios en que vivimos, hemos pasado por grandes consuelos, y, lo decimos con ingenuidad, hemos fluctuado en aceptar á la humanidad como solidaria en la primitiva culpa, dado el desorden moral existente en todos los tiempos; pues en tanto sufren los hombres honrados, se laurea á los criminales. Sin embargo, casi nos hemos resignado á ello por no pasar á las filas de la escuela fatalista.

Nos hemos detenido algo más de lo que debiéramos en estas sencillas reflexiones, dejándonos atrás el período viril del hombre, sobre el cual diremos dos palabras más.

Pasado aquel, bien se puede aseverar que nos inclinamos por irresistible fuerza á cumplir aquella sentencia de Horacio: *«Pulsis et umbra sumus.»*

Mientras duran en la vida las ilusiones matizadas de esperanza, los sueños de oro de nuestra juventud, la idea de la muerte nos espanta, como ha dicho un insigne orador de nuestro Parlamento; pero cuando el desencanto nos deshoja el corazón, cuando se desvanecen las rosas nubes del horizonte de nuestra inteligencia, aquella idea nos parece afable y á veces la miramos como un dulcísimo consuelo, como el término de nuestros dolores sobre la tierra.

Por una antítesis digna de la atención del pensador, la inteligencia se vivifica y rejuvenece con los años, llegando hasta el templo del *genio*, y la materia, á medida que el tiempo pasa, va perdiendo la belleza de su forma.

Así pasa la vida que, considerada de una manera filosófica, no es más que una *catena prueba*, una preparación *ininteligible* al destino desconocido; este destino, el verdadero deber, empieza para el hombre después de cumplida su misión en el tiempo, en los albores de la eternidad.

J. DOMÍNGUEZ BLANCO.

FRAY JERÓNIMO SAVONAROLA.

(Continuación.)

Lorenzo de Médicis, asustado de la popularidad y predicciones de Fray Jerónimo, hizo venir para combatir una y otras al célebre predicador llamado Fray Mariano. Este sostuvo en el púlpito que Savonarola no era, como él decía, inspirado de Dios, y para probarlo desenvolvió esta frase de los actos del *Apocalipsis*: *Non est vestrum, nosse tempora vel momenta que poluerit possit in suo potestate.* (1) Savonarola le respondió apoyándose en el mismo texto. El honor de la controversia fué todo para Fray Jerónimo y en seguida de este torneo teológico, los dos campeones fueron juntos á cantar la misa en el convento de agustinos. El Papa Inocencio VIII y Lorenzo de Médicis murieron aquel año, y desde entonces, hasta los más increíbles confesaron y reconocieron que Dios había descorrido para Fray Jerónimo el velo de lo porvenir.

Una vez aceptado como profeta, Savonarola marcha y no se detiene ya. Predijo á Italia días de prueba y de desgracia, y empezó á mostrar los medios que se debían seguir para evitar el castigo. La predicación de Italia, según él, provenía del lujo, de la libertad de las costumbres, de la música, de las artes, llenas del paganismo producido por el Renacimiento; para restaurarse ó poder ser rescatada, predicaba la autoridad. Fray Jerónimo comenzó su obra de reparación por el convento de San Marcos, del que era prior. Vende los bienes de la comunidad para que los hermanos vivan de su trabajo, y les hace estudiar lenguas para que puedan predicar el Evangelio por todos los ámbitos de la tierra, según mandan sus estatutos. Quiere sobre todo la obediencia, como el *asno que se deja llevar á derecha é izquierda y recibe palos sin quejarse*. Todos los días después de la comida, les llevaba á los jardines de San Marcos, y allí les hacía cantar sal-

(1) No os pertenece saber el tiempo ni las horas en que Dios dispone de todo su poder.

mos ó bailar danzas, ora en derredor de un niño que representaba el niño Jesús, ora en derredor de un novicio que representaba la Virgen. Estas excentricidades obtuvieron un éxito completo, y bien pronto el convento de San Marcos contó entre sus monjes los hijos de las más distinguidas familias florentinas.

En todo esto no había nada serio más que la intención; y el resultado fué, no una reforma, sino un verdadero cisma en la orden de Santo Domingo. El R. P. Provincial de la orden se alarmó, y quiso, pero en vano, reducir á Savonarola á la obediencia, que él tanto predicaba é inculcaba á sus monjes. Alejandro VI, Papa á la sazón, trató de imponerle silencio, ofreciéndole el arzobispado de Florencia y el capelo cardinalicio; pero el hermano Jerónimo respondió que no quería otro capelo que el del martirio, enrojecido con su sangre, y continuó profetizando y declamando contra Roma.

Nada más extraño que los sermones en que Savonarola predica á Italia las desgracias que la han de sobrevenir en breve. Representa á los príncipes que deben invadirla, como *bárbaros armados de grandes navajas*; los desastres que van á caer sobre ella, como una *ensalada de borraja, amarga al paladar*; la reforma de las costumbres, como un *molino que produce la harina de la sabiduría*. Sigue paso á paso los textos de las Escrituras, para hallar reproches contra los hombres y sucesos de su época: declama contra la lógica, la filosofía, los falsos profetas, y se deja arrebatar al acaso por una imaginación febril y calenturienta.

Leyendo hoy á la distancia de cuatro siglos estas arengas en que el pensamiento indeciso y vago queda siempre velado bajo las sutilezas teológicas; donde las aspiraciones del cristianismo se mezclan á las inventivas más violentas contra la decadencia del clero, se pregunta uno cómo han podido ejercer tan gran poder, y solo puede comprenderse recordando que Florencia era la ciudad más impresionable, más nerviosa, si se nos permite la frase, de Italia; en fin, un pueblo á propósito para hablar, según Montaigne, «de toda suerte de magnificencias é invenciones voluptuosas de molición y suntuosidad.» Habitados ante todo los florentinos á vivir por la imaginación, acogieron con gran favor y como una diversión inesperada los sermones de este monje, que de lo alto del púlpito les hablaba todos los días, no solamente como los demás predicadores, de sus deberes de cristianos, de la salud y condenación eternas, si que también de sus asuntos políticos, de sus esperanzas ó de sus temores. Savonarola era la gaceta viva de la ciudad, y si vagas habían sido sus teorías, fué bien pronto conducido, por la fuerza de los sucesos y el carácter de los hombres á que se dirigía, al terreno de los asuntos y de la realidad práctica.

En 1494, Carlos VIII entró en Italia para reconquistar el reino de Nápoles, que había pertenecido á la casa de Anjou. Envió una embajada á los florentinos para recordarle su antigua amistad con Francia y pedirles al mismo tiempo para su ejército, el paso por su ciudad. Pedro de Médicis le respondió con altanería y evasivas, y Carlos VIII entonces se propuso atravesar la Toscana como país enemigo. Los florentinos se indignaron contra Médicis, porque eran partidarios de la alianza francesa, y además porque temían ver caer sobre su ciudad un ejército extranjero, como uno de los males ó castigos con que Savonarola les había amenazado. Un motín estuvo á punto de estallar; pero Fray Jerónimo calmó los ánimos, predicando la penitencia, y bien pronto una embajada, á cuyo frente iba el mismo Pedro de Médicis, se avisó con Carlos VIII y le hizo las siguientes concesiones: 1.ª Se comprometió á que sus conciudadanos le prestasen 20.000 ducados, y 2.ª se concedió al ejército francés ocupar las fortalezas de Pietrosanta, Sarzana, Sarzanella, así como las ciudades de Pisa y Livorno, hasta que Carlos VIII hubiese terminado la conquista del reino de Nápoles. La noticia de esta convención, que quedó en los límites de los tratados concluidos entre dos potencias amigas, excitó tanto la cólera de los florentinos, que los mismos que poco antes quisieron sublevarse contra Pedro de Médicis por sus evasivas, le destronaron porque ahora había hecho concesiones al monarca francés.

Por una excepción, muy rara en la historia de Italia, esta resolución se acabó sin violencia, y los florentinos, admirados, se preguntaban si los ríos vengadores que se les había anunciado, se limitarían á este castigo político. Savonarola subió al púlpito para defender su profecía y dijo que si la sangre no había corrido á torrentes, era porque *Dios había dado á Florencia una primera ensalada sazonada con resina*, pero que Carlos VIII se encargaría bien pronto del castigo. Un terror profundo se apoderó de la ciudad: se resolvió enviar una embajada al rey

de Francia; Savonarola fué de la partida, y fué conducido por la fuerza de la situación y de los sucesos, á suplicar gracia al que no cesaba de representar en sus sermones como el ministro de la venganza celeste. Su ruego fué favorablemente acogido, y Carlos VIII, habiendo hecho su entrada solemne en Florencia el 17 de Noviembre de 1494, pidió que Pedro de Médici fuese repuesto con todos sus privilegios y soberanía. Los magistrados florentinos protestaron de estas pretensiones; pero al fin se entendieron, y como había prisa de que los franceses evacuasen la ciudad, se despachó por segunda vez á Savonarola cerca de Carlos VIII, y este príncipe, ante las instancias de Fray Jerónimo, dejó la ciudad el 28 del mismo mes. Así, desde el principio mismo de su vida política, se encuentra Savonarola en la contradicción más flagrante. Profeta, anuncia como una cosa infalible que Carlos VIII es el *rio vengador*, la *navaja* de que ha hablado con frecuencia, como regeneradora de Italia; pero embajador de Florencia, suplica á este príncipe trate como amiga á la ciudad que Dios le había encargado castigar, y por este retroceso, muy laudable por otra parte, viene á protestar y echar por tierra sus mismas predicciones.

Libres de la dominación de los Médici y desbarazados del ejército francés, los florentinos pensaron constituir un nuevo gobierno. Se dirigieron á Savonarola para pedirle consejo, y él respondió: 1.º Que era preciso abrir sin tardanza las tiendas cerradas á causa de las últimas agitaciones, reanimar el comercio y dar trabajo á los obreros. 2.º Hacer cuestionaciones para los desgraciados, y si era preciso convertir en moneda el oro y plata de las iglesias. 3.º Aminorar los impuestos, sobre todo en favor de las clases menesterosas. 4.º Hacer á todos estricta justicia, y 5.º Rogar á Dios con fervor.

Este programa dejaba en pie todas las dificultades, y como la mayor parte de los programas revolucionarios, estaba dominado por la situación del comercio, del trabajo y del capital. No remediaba nada, pero tuvo al menos para Savonarola un resultado importante; le hizo querido del pueblo, porque parecía prometerle algún consuelo, más al propio tiempo le hizo receloso al clero, porque amenazaba los bienes de la Iglesia. Sin embargo, era preciso formar un gobierno, y como los partidos no hallaban nunca una fórmula de avenencia, fué preciso recurrir á los consejos del *hermano*. Este pensaba como todos los teólogos de la Edad Media, que el gobierno de los Estados debía estar dirigido por la Providencia; que así como no hay más que un solo Dios, cada pueblo no debe tener más que un solo amo, y que este amo, á imagen de la divinidad, debe reunir en él todas las perfecciones. Pero cómo encontrar en Florencia un ciudadano tan perfecto y digno de llenar tan gran misión?

Dando por supuesto que este tipo del poder supremo no se encontraría, Savonarola, por una evolución singular, se decidió por la teoría de las mayorías; propuso reunir las diez y seis compañías, es decir, los principales habitantes de los diez y seis cuarteles de Florencia bajo sus jefes ó presidentes, para que cada compañía indicara el sistema de gobierno más conveniente. De este modo se obtuvieron diez y seis sistemas diferentes. Los presidentes ó jefes, después de haberlos examinado, escogieron los cuatro que les parecieron mejores. Los sometieron en seguida á la Señoría, para que ésta adoptara de entre los cuatro proyectos el que juzgase mejor para el bien del país. Después de largas discusiones, se decidió al fin, oídos los consejos de Fray Jerónimo, que la Señoría sería mantenida, y que se establecería á su lado un Consejo general, como en Venecia.

EDUARDO FUENTES MALLAFRÉ.

(Se continuará.)

JERUSALEM.

Con mano trémula tomamos la pluma para tratar de esa joya de Oriente, que encierra en su concha la perla más estimable del universo.

Hoy que el hombre se concentra en sí mismo; hoy que todo cristiano se postra ante Dios, admirando su abnegación por redimirnos del pecado; hoy que se escucha en los templos la palabra de los sacerdotes, que explican los misterios de su pasión y muerte; hoy que el pensamiento y el alma se trasladan instintivamente á aquellos tiempos y á aquellos lugares en que se consumó el divino misterio de la Redención del género humano; hoy, decimos, debemos retroceder con el recuerdo diez y nueve siglos, y visitar el sitio que fué teatro de acontecimiento tan sublime. No hay para qué decir que ese sitio es Jerusalem, la tierra llamada Santa, el lugar

bendecido, lleno de piadosas memorias, hermo-seado con la sombra de los patriarcas, visitado por los profetas; teatro en donde se celebró ese poema divino que se llama Biblia, honrado con la presencia del mismo Dios.

Jerusalem, esa ciudad de sacrosantos recuerdos, debe su relación al rey pontífice Melchisedech. Edificada sobre la pendiente occidental de un plano inclinado, cubierto de olivos que corona la montaña de Judá; rodeada de espesas murallas, construidas hoy con las piedras que formaban el templo de Salomón; flanqueada de almenadas torres, que se alzan de cien en cien pasos, con sus piscinas y abovedadas puertas, con sus vistosos y varios minaretes, que se confunden con el cielo, parece, como dice un poeta, la esplendorosa aparición de la estatua de Jehová. Sin río que bañe sus murallas, sin valle alguno que le ofrezca la riqueza de su cultivo, conduciendo al viajero por estrechos senderos abiertos en las rocas, por uno de los costados de sus inaccesibles montañas, el aspecto de Jerusalem es como el de casi todas las ciudades de Oriente: de lejos atrae con un encanto engañoso; de cerca desaparece como desaparece la juventud para dar paso á la edad viril, y ésta á la ancianidad.

Jerusalem, esa ciudad que experimentó muchas veces la cólera de los merodeadores del mundo; Jerusalem que vió al bárbaro Adriano, no contento con profanar todo lo santo que en sí encerraba, celebrar ferias, vendiendo en almoneda pública y cambiando por caballos los individuos de su pueblo; Jerusalem, la rica joya que conquistó David para colocar la silla de su reducido imperio; Jerusalem, la que vió en su seno el templo que hizo construir Salomón, conteniendo la majestuosa unidad de Jehová; Jerusalem, conquistada y reconquistada en diferentes ocasiones por los reyes de Persia y de Egipto; Jerusalem, la que presenció muchas veces las desdichas de sus habitantes, conducidos á la esclavitud; Jerusalem, la que asistió á la demolición de su templo; Jerusalem, la que constituía solo el vestíbulo del Santo Sepulcro, es hoy día la imagen de una tristísima tumba.

Sus calles vacías, sus puertas abiertas, sus caminos desiertos, nos muestran lo que va de ayer á hoy, al mismo tiempo que lo ideal de lo pasado.

Jerusalem es inmortal por sus tradiciones y por su historia.

Ya se vuelva la vista á su pasado, ya á su presente, siempre encontraremos á la Jerusalem primitiva, á la que se dió el nombre de Ciudad Santa.

Podrán variar las épocas, las generaciones, todo, en fin; pero su nombre siempre resonará, no como un nombre vulgar, sino con el respeto y la consideración que se merece; y es porque Jerusalem es la patria común de todos los cristianos, es el trono, el asiento y pedestal de la religión.

La mayor parte de la vida de nuestro Redentor pasó bajo su cielo. Sus calles y plazas escucharon más de una vez su voz, dirigiéndose al pueblo, que le atendía lleno de respeto y sumisión; pueblo que salió á recibirle á sus puertas cubriendo su camino con palmas y ramas de árboles, y aún con sus mismos vestidos, de que se despojaban para alfombrar en su marcha al que más tarde debía morir crucificado.

Jerusalem desde aquellos tiempos ha visto llegar á sus puertas innumerables peregrinos que vienen á besar la roca sagrada, emblema de nuestra fe. Hoy día no es ya la ciudad de los tiempos de Constantino y Adriano, no es la que ayer se alzaba activa en medio del desierto; es la ciudad que, aunque pálida sombra de lo que fué, conserva en cada montón de ruinas una epopeya de grandeza.

Jerusalem interiormente es triste y sombría. Chateaubriand la describe admirablemente, con toda la melancolía y solemnidad de su ingenio: sólo él ha encontrado, después de los profetas, palabras para expresar suficientemente la desolación de estos lugares. Su población indígena y compuesta de judíos, árabes, turcos y egipcios, es pobre é inactiva; todo contribuye en esta ciudad á representar la imagen de la muerte.

El cristianismo conquistó á Jerusalem, pero no pudo conservarla. Los reyes que sucedieron á Godofredo de Bouillon tan solo poseyeron sus ruinas por espacio de noventa y nueve años. Saladino, rey de Persia, de Siria y Egipto, los expulsó en 1187, y desde esta época triunfó el islamismo en el seno de la cuna de la cristiandad; más penetrado de la santidad de su moral evangélica, no profanó el Sepulcro del que que es considerado por los turcos como un gran profeta y enviado de Dios.

El Santo Sepulcro se compone de una pequeña cúpula, cerrada dentro de otra mayor, y en la que se muestra un fragmento de roca cubierto de láminas de mármol blanco, que ofrece á la

veneración del viajero el verdadero lugar del Sepulcro.

Procesiones de peregrinos llegan de todas las extremidades del mundo para besar sus plantas como un testimonio de veneración.

Jerusalem es tan grave como los pensamientos que inspiran sus monumentos. Todo en esta ciudad convida á la meditación, desde la cúpula de la ciudadela de Sion, donde se halla la tumba del rey y poeta David, hasta el escabroso valle de Josafat; desde las aguas de la fuente Jilóe, que baña sus pies, hasta el espacio que guardan entre sí los elevados y cónicos picos de las montañas de San Sabas y Jericó.

Todo en esta ciudad, como en sus calles, tiene un verdadero sello de grandeza. Todo lo que constituye su paisaje es tristísimo; nada tiene de ameno y variado; nada que distraiga á los que cruzan por sus montañas, donde no se escucha ni aun el rumor que producen sus pasos en la arena, y donde no se ve ni la más ligera nube que empañe el cristal de su encendido cielo.

He aquí por qué Jerusalem, sin un leve soplo de viento que distraiga la imaginación del viajero, deja suspensa su alma, inclinándola al recogimiento. Al contemplar sus desmantelados edificios, estas ideas aumentan su deserción, viéndose más de una vez precisado á arrodillarse, clavando su frente en la tierra para bendecir al Dios hecho hombre y para orar pidiendo el perdón de sus culpas.

En medio de todo esto un pensamiento de desesperación cruza por la mente del viajero. Jerusalem, como ya hemos dicho antes, se encuentra en poder de los enemigos de nuestra religión.

Jerusalem no solo alberga en su seno los restos de la raza judía y musulmana, sino también á un gran número de griegos, armenios y católicos, que prefieren abandonar su suelo por otro, ni tan feraz ni tan pintoresco, en cambio de orar constantemente sobre el Sepulcro, que es el sagrado depósito de su fe.

Esta es Jerusalem; esta es la ciudad cuyo nombre pronuncian todas las generaciones; esta es la ciudad que inspiró al Tasso su gran poema; esta es la ciudad del mundo, pues que no hemos conocido otra más santa, más poética ni más grande.

Hoy al pronunciar su nombre nuestro pecho palpita, y nuestros labios pronuncian una oración en loor de su recuerdo.

¡Dichosos nosotros si, como el errante judío, podemos llegar un día hasta sus muros para depositar en ellos nuestro último suspiro y morir contentos con la idea de que cubrirá nuestro hueso la tierra de Abraham.

E. DE LUSTONÓ.

EL SALVADOR EN LA CRUZ.

Quien dió la vista al cielo,
quien dió la voz al mundo,
quien vida nueva pudo
á Lázaro infundir,
hoy pende de un madero,
y espira escarnecido
del pueblo fementido
que viene á redimir.

Quebrántase la roca;
sin luz se queda el cielo;
retiembla, roto el velo,
el arca del Señor;
y al ver los querubines
la voz que los aterra,
dirigen á la tierra
miradas de furor.

— «La sangre que han vertido
los clavos y la lanza,
pidiendo está venganza,
dejádnosla tomar.
Descienda nuestro rayo,
y que haga furibundo
cenizas ese mundo
rebelde sin cesar.»

En tanto que al Eterno,
inmóvil en su trono,
acusa de abandono
la suerte de Miguel,
bendicen el arcano
de amor ardiente lleno,
los justos, en el seno
del padre de Israel.

Que ya de su ventura
llegó por fin el día,
y al hijo de María
unidos volarán,
dejando el paraíso
la víctima inocente

abierto al descendiente
del ya feliz Adán.

Pero si hoy en patíbulo espira,
juez vendrá severísimo luego,
más terrible entre nubes de fuego
que en su cima le vió Sinaí.
¡Ay entonces del que haya perdido
de la gracia el divino tesoro!
Yo, Señor, tus piedades imploro;
yo pequeño, ¡desgraciado de mí!

J. E. HARTZENBUSCH.

LA MUERTE DEL SEÑOR.

SONETO.

Hirviente el mar con ímpetu golpea
en cinturón de rocas solitario;
llora el aire con eco funerario
y por las altas bóvedas ondea.

Entre cárdena luz relampaguea
envuelto el sol en lóbrego sudario,
y en las rotas vertientes del Calvario,
rueda la sangre que en la cruz gotea.

Hierve el Simoun con bárbaros cantares
llorando sordo en escondido puerto
y turbando la paz de los hogares.

Muere Dios en el Gólgota desierto
y empiezan á cantar mundos y mares
con ronca voz el funeral concierto.

A. F. GRILLO.

CREO.

¡Hay Dios! Su voz en la tormenta suena,
Su aliento puro refrescó el ambiente;
La onda que bate la menuda arena,
El límpido cristal de la corriente,
La luz del sol que los espacios llena,
El firmamento azul y trasparente,
Todo dice á mi pobre entendimiento
Que hay un Dios, y le rindo acatamiento.

Quando de oro y carmin tiñe la aurora
El horizonte que la vista alcanza,
Y vertiendo las perlas que atesora
Álzase majestuoso en lontananza
Sobre los montes, cuyas cumbres dora,
El benéfico sol de la esperanza,
La ley providencial en torno veo;
¡Grande contemplo al Creador, y creo!

Quando la hermosa claridad del día
Entre las densas sombras desaparece,
Y el bello *luminar* que sonreía
Con su esplendor al mundo se oscurece,
En el misterio de la noche umbría,
Que la esperanza arrebatar parece,
Y en el silencio aquel triste y profundo,
Veo también al Creador del mundo.

Do quier la vista en torno se recrea,
Poderoso, inmortal, á Dios admiro:
La brisa suave que mi frente oreo
Es para mí su plácido suspiro:
Hasta en el arroyuelo que serpea
Entre las flores, su sonrisa miro,
Y es tan grande á mis ojos, que contemplo
Mezquino el mundo para ser su templo.

Creo; más al creer que mi existencia
De un *Sér* depende, árbitro divino
Que al infundirme el alma de su esencia
Marcó en el mundo mi mortal destino,
Oigo la voz también de la conciencia
Que al enseñarme el único camino
De la virtud, me grita: «Dios existe;
Mas no es el Dios que acaso concebiste.

»Es el nuncio de paz, nunca de guerra;
»Su dón no es el dolor, sino el consuelo;
»Tu Dios no es el que lucha aquí, en la tierra;
»Su morada la tiene allá, en el cielo;
»Ódio para el mortal jamás encierra,
»Ni sigue su poder de la ira el vuelo;
»No es el Dios del terror y la venganza,
»Es el de caridad y el de esperanza.

»No el que abrasó á Sodoma, ni el que airado
»Sumió al Egipto en plagas infernales;
»No el que del sacerdote hizo un soldado,
»Ni el que con atributos imperiales
»Adornó la silla del Papado;
»Sino el que dando de bondad señales
»Desde la cruz clamó: — Yo le bendigo;
»Perdónale, Señor, es mi enemigo.»

RAMON GARCIA SANCHEZ.

VARIEDADES.

SAN JUAN DE LA PALMA.

(Tradición sevillana).

(Conclusion).

Le mandaron levantarse, y sin sospechar causa de su prision, pues creia firmemente que sudelito yacia sepultado en el más profundo misterio, salió escoltado de los corchetes y el familiar, que lo condujeron á la presencia de los jueces.

Juan Diego compareció altivo y sereno entre los alguaciles, aunque un ligero tinte de palidez jaspeaba su moreno rostro.

Los inquisidores, graves y severos, ocupaban sus puestos en un vasto salon cuyas gruesas paredes estaban tapizadas de negras coladuras; á su frente, sobre un tablado con barandillaje, descollaba una ancha mesa cubierta por un tapete de terciopelo morado, en el que veíanse bordadas las medallas de Santo Domingo: tres sillones de alto respaldo donde estaban los jueces; á los lados de la mesa, otras dos más pequeños para los secretarios, calificadores y miembros subalternos; detrás una hilera de bancos para los familiares y ministros, y últimamente, en el centro un banquillo destinado al reo.

Y bajo un magnífico dosel de damasco con recamos y pasamanería de oro, alumbrado por velas de cera verde en candelabros de plata, una preciosa imagen del Redentor.

Aquella cámara tan sombría, con sus jueces vestidos de negro, sentados en aquellos altos sillones, que miraban, frunciendo el ceño, al infeliz encausado, era por sí sola bastante para hacer temblar el ánimo más rebelde y atrevido.

Mandaron sentar á Juan Diego en la banqueta, y comenzó el interrogatorio:

—¿Cómo os llamais? dijo Deza.

—Juan Diego.

—¿Qué oficio ó profesion ejercéis?

—Ninguno; soy hidalgo y no los he menester.

—¿Teneis padres?....

—Murieron cuando apenas contaba doce años.

—Se ha fulminado contra vos una acusacion grave.... Si voluntariamente confesais habeis sido autor del delito que se os imputa; si os mostrais ante nos contrito y arrepentido, el Santo Tribunal usará con vos de misericordia y de piedad.... de lo contrario, la ley es inexorable para los contumaces: ¿jurais en nombre de Dios, decir la verdad en cuanto os pregunte?....

—Lo juro, contestó firmemente el acusado.

—Si así lo haceis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande. ¿Qué hicisteis anoche de las doce en adelante?

Juan Diego palideció densamente, y guardó silencio corto espacio; mas reponiéndose contestó sin vacilar:

—A las ánimas, fuíme á cenar con algunos deudos á una hosteria, y á la diez me retiré á mi posada, me recogí al lecho, y poco despues dormia.

—¿Es eso todo lo que anoche hicisteis?.... recordad.

—Nada más tengo que añadir.

—Estais faltando al sagrado juramento que habeis prestado. Os ha delatado á este Santo Oficio persona proba é incapaz de mentir: no persistais en negar, porque podia pesaros: declarad, señor Juan Diego, declarad.

—Si alguno me acusó, nadie puede evitar el odio, la maledicencia y la calumnia de oculot enemigos, levantada para perderme y difamarme.

Deza quedó perplejo: y vista la desfachatez de aquel hombre, consultó á sus compañeros en voz baja.

Y luego repuso:

—Si os obstináis en negar, se os sujetará á cuestion de tormento.

Un leve estremecimiento agitó á Juan Diego.

—Los dolores de la tortura me podrán arrancar una declaracion falsa; la verdadera es la que acabo de exponer.

—¿Es esa vuestra resolucio?

—Si.

Deza hizo una seña á los ministros, que envueltos en largos ropones y velados los rostros por negros capuces, aguardaban órdenes á un extremo de la estancia.

Los ministros se acercaron y rodearon á Juan Diego.

Llevar al acusado al calabozo del tormento.

—¿Mas si os he dicho la verdad!.... contestó con acento desesperado, desplomando en los jueces una mirada feroz.

—Llevarle, repitió friamente el inquisidor.

Los ministros se apoderaron de él mal su grado, y le condujeron á la sala de tormento, que era estensa, oscura, sustentada de trecho en trecho por macizos pilares, y en la que veíanse garfios, poleas, ruedas dentadas, potros, martillos y otros instrumentos de suplicio.

Juan Diego contempló todo aquello con alta-neria.

El más frío sudor bañaba su cuerpo.

Deza, en tanto que los ministros le desnudaban, envió un familiar á la casa del delator para que, segun costumbre, se ratificase en su acusacion.

Juan Diego fué amarrado fuertemente á la rueda, cuyas punzantes y aceradas uñas lacera- ban sus miembros.

El atormentador cogió el manubrio que la ha- cia girar y esperó órdenes.

—¿Declarais? insistió el inquisidor.

—Nada más tengo que decir.

—Primera vuelta.

El sayon dió movimiento á la rueda, que se movió rechinando ásperamente; Juan Diego se puso lívido y ahogó un sordo rugido; sus huesos crujieron, se contrajo la piel, afluyó la sangre á las venas y una sanguinolenta espuma bordó sus cárdenos lábios.

A esto el familiar que habia ido á la casa del delator volvió con el asombro pintado en su semblante, acercóse al inquisidor, y dijo algunas palabras á su oido.

Deza le escuchó atónito y exclamó:

—¡Milagro del Señor, que jamás permite que- den impunes el sacrilegio y la maldad!....

Y añadió dirigiéndose al reo:

—¿Desdichado!.... ¿sabeis quién os delató? pues oid y temblad; hemos mandado en su busca, y un nieto suyo ha dicho que la persona que solicitamos, y que ha comparecido á nuestra presencia esta mañana, hace más de veinte años que está sepultada al pié de la palma de la iglesia de San Juan.

¿Os atreveis á negar aún?

Juan Diego miró al inquisidor consternado, y dijo tras breve pausa, con voz temblorosa y balbuciente.

—Padre, escierto, sí, el crimen que se me imputa; he sido un impío, y Dios ha permitido que ese muerto se levante de su tumba para castigar mis pecados. Pedid al Señor que me perdone, reconciliadme con él, y haced de mí lo que mejor os plazca.

—Desatadle y llevadle á su prision, que un religioso dominico le acompañe para que le fortifique é instruya en los sagrados misterios de nuestra religion.... y le ayude á bien morir.

—¡Morir!

—Si, vuestro delito es imperdonable, única- mente el terror os ha impulsado á declarar; de otro modo hubierais sido perjuro, inconfeso y negativo.

—¡Piedad, padre, piedad!.... exclamó supli- cante Juan Diego.

—No puede haberla para vos sobre la tierra; demandadla al cielo.

Juan Diego fué separado de la rueda y le lle- varon entre dos á un calabozo, donde confesó al dominico su vida de impureza y escándalo, y esperó resignado que se acercase el momento de la expiacion.

Los jueces, habiéndose reunido secretamente á deliberar, y en vista de la gravedad de hecho tan escandaloso, le condenaron unánimes á ser pasto de las llamas.

Dos dias despues, con muestras de arrepenti- miento y contricion y á presencia de un apreta- do gentío, sufrió la cruel pena sobre un cadalso en el campo de Tablada.

En cuanto á sus cómplices, luego que supieron que el crimen habia sido descubierto, huyeron

á lejanas tierras, temiendo la cólera del Santo Oficio.

Desde entónces llámase aquella iglesia de San Juan de la Palma.

F. SAWA.

RESEÑA TEATRAL.

Como quiera que estamos en dias de recogimiento y meditacion, en los cuales las almas piadosas solo se ocupan de visitar los templos para recordar las sangrientas escenas del Gólgota, y toda vez que, segun prescripcion reglamentaria y órden gubernamental, debian los coliseos permanecer cerrados desde el viernes de Dolores hasta el domingo de Pascua, ninguna empresa ha variado sus programas, y por lo tanto casi nos seria imposible decir nada en el presente número de LA SEMANA sobre teatros, á no venir un acto benéfico á sacarnos del apuro.

Nos referimos al beneficio que el galante y reconocido empresario del teatro de la plaza de Oriente ha dado á la desgraciada viuda del maestro D. Juan Daniel Skocztopole, tan querido de sus compañeros y amigos.

Desde el momento en que supimos que la obra escogida era la gran creacion del inmortal Skakespeare, embellecida por los torrentes de armonía de Rossini, y desde que vimos el reparto de la obra, presentimos un triunfo, y no nos equivocamos.

La señora Pozzoni, interpretó su papel de *Desdémoma* como pocas veces se ha hecho, á excepcion de la Penco: Tamberlik, siempre es el eminente artista; qué expresion tan magistral, qué detalles, qué comprension tan exacta del tipo que representaba. Nada se puede decir de este artista, todo está dicho; todos le conocen, pocos serán á los que no haya arrebatado, y pocos tambien los que no lo han aplaudido.

El Sr. Stagno, á pesar de su enfermedad, se prestó gustoso á hacer el secundario papel de *Rodrigo*, y en honor de la verdad, nada dejó que desear, dado su estado. Por eso sentimos ver en cierta parte del público las muestras de desagrado de que fué objeto este artista que tantas veces ha probado ante ese público sus buenas facultades.

Boccolini aumentó el éxito de la obra, y prueba de ello fué que el público, entre frenéticos aplausos, le hizo repetir, en union del Sr. Tamberlik, el duo de Yago y Otello.

Para que nada faltase, los coros y la orquesta estuvieron tan sublimes, tanto, que la señora Roaldesse vió en la necesidad de repetir el solo de arpa que sirve de introduccion á la *romanza del sauce*.

Bravos y aplausos para todos. Nada decimos de la partitura, por ser demasiado conocida, y nosotros demasiado pigmeos para juzgarla. El *Otello* vivirá tanto como la humanidad, á no ser que esta cambie sus cualidades esenciales. ó olvide hasta los primeros rudimentos del arte, ó la idea de lo bello.

E. DE S. FUENTES.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ GARCÍA.

Costanilla de los Angeles, 5.

ANUNCIOS.



CHOCOLATES

DE

MATÍAS LOPEZ Y LOPEZ.

MADRID.—ESCORIAL.

Se vende en los establecimientos más importantes de España; y á fin de que no lo confundan con otros, exigir la verdadera marca y nombre.

Vapores-correos de A. Lopez y Compañia.
PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

De Cádiz los dias 10 y 30 para Puerto-Rico y Habana.
De Santander el dia 20 para ídem, tocando en la Coruña.
De la Coruña el dia 21 para Puerto Rico y Habana.
De Habana los dias 5 y 25 para Cádiz.

De ídem el dia 15 para Coruña y Santander. Mas informes de los agentes en
Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripol y compañía.—Santander, Angel B. Perez y compañía.—Coruña, E. de Guarda.—Valencia, Dar y compañía.—Alicante, Faos hermanos y compañía.—Madrid-Moreno. Alcalá, 28.

LITOGRAFIA DE JOAQUIN ISAAC.
TARJETAS EN EL ACTO.

100, 8.—50, 5.—25, 3. rs.

Esquelas y facturas á diferentes precios. Arenal, 19 y 21.—Se mandan á provincias por un real de aumento.

BANCO DE ESPAÑA.

Debiendo destinarse la suma de 7.500.000 pesetas en cada semestre para el pago de intereses y amortizacion de los billetes hipotecarios de la segunda serie de este establecimiento, á tenor de lo dispuesto en el párrafo segundo del convenio aprobado en 18 de Octubre de 1867 en virtud del art. 10 de la ley de 29 de Junio anterior que creó estos valores; y habiendo de aplicarse en el semestre que vencerá en 1.º de Julio próximo 1.116.000 para los intereses de las pesetas 37.200.000, importe de los billetes á que aún no ha tocado la amortizacion, quedan para esta pesetas 6.384.000.

Hallándose dispuesto que dicha amortizacion se verifique por sorteos, la Administracion de este establecimiento procede á anunciar las siguientes reglas á que ha de sujetarse el del primer semestre de este año:

1.º El sorteo se verificará públicamente en el salon de Juntas generales del Banco el dia 6 de Abril próximo, á la una en punto de la tarde y lo presidirá el Gobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el Secretario y el Interventor.

2.º Los 74.400 billetes sorteables pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 744 lotes de 100 billetes cada uno, representados por otras tantas bolas, que se expondrán al público antes de introducirlos en el globo para que puedan ser examinadas.

3.º Encantaradas dichas 744 bolas, se extraerán del globo 128, representativas de 12.800 billetes, por valor de 6.400.000 pesetas, tomándose del fondo de amortizacion 16.000 pesetas para completar el importe de una centena de billetes que corresponden á cada bola.

4.º La Administracion del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de los billetes á que haya correspondido la amortizacion, y dejará además expuestas al público para su comprobacion las 128 bolas que hayan salido en el sorteo.

Madrid 17 de Marzo de 1877.—El Secretario, Manuel Ciudad.

Habiendo sido realizada de las oficinas de la

direccion de la Deuda pública la primera mitad de los intereses de 1.º de Julio de este año, correspondientes á las obligaciones generales del Estado por subvencion á ferro-carriles, y las especiales del de Alar á Santander, depositadas en este establecimiento, se avisa á los interesados que pueden presentarse á percibirlos en los dias que se expresan á continuación, previa exhibicion de los resguardos respectivos:

Dia 26 resguardos números 1 al 49.600.
Dia 27 id. id. 49.601 al 65.100.
Dia 28 id. id. 65.101 al 74.700.
Dia 31 id. id. 74.701 al 85.200.
Dia 2 Abril id. id. 85.201 al 91.700.
Dia 3 id. id. 91.701 al 95.700.
Dia 4 id. id. 95.701 al 98.445.
Dia 5 id. indistintamente todos los números, Madrid 23 de Marzo de 1877.—El vicesecretario, Juan de Morales y Serrano.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA.

El 1.º de Abril próximo vence el 8.º cupon semestral de las cédulas hipotecarias de esta Sociedad, y desde el dia 2 queda abierto el pago del referido cupon, importante

pesetas 16.62 1/2 por cédula

en el domicilio social, en Madrid, Paseo de Recoletos, núm. 12.

Igualmente se abre el pago el mismo dia de las cédulas amortizadas en el último sorteo. Las Cajas de la Sociedad están abiertas de once de la mañana á las tres de la tarde todos los dias no festivos.

Lo que se pone en conocimiento del público por este segundo y último aviso.

Madrid 20 de Marzo de 1877.—El Secretario general, Enrique Lamartiniere.

LAS BOTAS.

CUADROS FESTIVOS DE COSTUMBRES.

(Contestacion á *Las Naves*, de Teodoro Guerrero.

Se ha publicado la segunda edicion, y se vende al precio de 8 reales, en la libreria de Murillo, Alcalá 18.